

JOSE RAFAEL DE LA PUENTE

Hace exactamente veinte años, el Ministro de Fomento, que lo era Don Joaquín Capelo (parlamentario implacable y famoso maestro de Algebra Superior, todo a un tiempo), dictó sobre ascensos y sueldos de los técnicos al servicio del Estado un reglamento que causó gran disgusto y revuelo, celebrándose vibrantes asambleas de profesionales en la Sociedad de Ingenieros. Los estudiantes de ingeniería formábamos la **barra** de esas reuniones, pues ya nos sentíamos un poco hombres al emocionarnos con las inquietudes de nuestros mayores.

En una de tales asambleas, usó brevemente de la palabra un joven ingeniero que, ocupados todos los asientos, estaba de pié en un extremo del salón. Me parece verle, con el sombrero en la mano y un abrigo gris de tono muy claro. Todo me llamó la atención en él: la extremada claridad de su inteligencia, la precisión con que expuso sus ideas, el acierto y prudencia de su juicio, y hasta la distinción y gentileza de su porte. Pregunté—estudiante provinciano— quién era aquel que por tantos respetos y en tantas direcciones se singularizaba. Un condiscípulo limeño me dijo: José Rafael de la Puente.

Después volví a encontrarle en algunas ocasiones, y tuvimos oportunidad de conocernos personalmente.

En 1919 ingresé como funcionario al Cuerpo de Ingenieros de Minas y Aguas, donde Puente era Jefe del Laboratorio. A los pocos días de tratarle cotidianamente como a compañero de oficina, la ligera amistad que me unía con él se convirtió en intimidad cordialísima y honda, que durante quince años ¡los últimos quince años de su vida! hemos mantenido calurosa e inviolable.

Ahora que él nos ha dejado para siempre, he querido escribir esta semblanza. Ningún homenaje mejor puede rendirse a quien tanto valía.

José Rafael de la Puente, hijo del Coronel Don José Rafael de la Puente y Noguera, que fué Ministro de la Guerra en el gobierno presidido por Don Nicolás de Piérola, y de la señora doña Josefina Bustamante y Salazar, y descendiente de antiguas familias de nuestra aristocracia colonial, nació en Lima el 29 de Abril de 1890.

Después de excelentes estudios primarios y secundarios en el Colegio de la Recoleta, ingresó en 1905 a la Escuela de Ingenieros, distinguiéndose mucho en ella, a pesar de que tuvo condiscípulos del valer y de la capacidad de José García Calderón y de Carlos Basadre Grohmann.

Al terminar sus estudios se consagró en el Cerro de Pasco al ejercicio de su profesión de ingeniero de minas, hasta 1913 en que se radicó en Lima entregándose a varios trabajos sueltos conexos con la carrera.

En 1916 fué nombrado profesor de Química de la Escuela Militar de Chorrillos, y ese fué el origen de su dedicación a la ciencia en que adquirió versación singular, que probablemente nadie en el Perú llegaba a aventajar.

Puente no se había interesado jamás especialmente por la Química, ni tenía de ella mayores conocimientos que cualquier otro ingeniero culto. Pero su proverbial honradez intelectual no le permitía enseñar un curso ni aun elemental de una materia en que no tuviera una gran competencia, y estudió tan asiduamente la Química que resultó convertido casi en un especialista.

Su nombramiento como Jefe del Laboratorio de Química del Cuerpo de Ingenieros de Minas y Aguas en 1918 y como profesor de Química en la Escuela de Ingenieros en 1920, acabaron de decidir su vocación.

Pocos años después fué nombrado Jefe del Laboratorio de Química de la Compañía Administradora del Guano y profesor de Docimasia en la Escuela de Ingenieros, en reemplazo del señor Fuchs, cuando éste dejó la enseñanza.

Puente era un profesor que tenía el más alto sentido de su responsabilidad de maestro: se esforzaba siempre por comunicar a sus alumnos una enseñanza moderna y por exponer cada tópico del curso con la máxima claridad y eficacia, para lo cual

preparaba sus lecciones con gran escrupulosidad, encerrándose en su biblioteca hasta altas horas de la noche y consultando innumerables libros y memorias. Tal cosa era en realidad, las más veces, completamente superflua en quien como él tenía un raro dominio de las materias que enseñaba; y este agotador trabajo nocturno que yo le reprochaba, apenas podía mejorar en muy escasa medida la calidad ya muy elevada de su enseñanza.

Pero todos mis reproches eran inútiles, porque cuando él asumía una obligación, había de cumplirla hasta el extremo límite de su capacidad, y sin omitir esfuerzos por grandes que fuesen o por exiguo rendimiento que produjeran. Este concepto trascendente que tenía del deber, hizo que en la Compañía Administradora del Guano, lejos de limitarse a efectuar los análisis de índole comercial que constituyen la finalidad primordial de ese laboratorio, Puente ideara nuevos métodos para el análisis de las tierras y de los abonos. El Boletín de la Compañía Administradora del Guano publicará en estos días un número dedicado a su recuerdo, en que podrá verse toda su importante producción en esa rama de la Química Técnica. Sin embargo, realizó muchos más trabajos e investigaciones que los que llegó a publicar. Parecía hallarse tocado en este punto de la agrafia que presentan la mayor parte de los hombres de estudio peruanos, cuya producción escrita es muy inferior a su capacidad y a su preparación. Capacidad y preparación que en él adquirirían vastas proporciones. De los grandes problemas científicos que ocupan la mentalidad contemporánea, muchos le eran absolutamente familiares, y para todos tenía una actitud espiritual irrepachable. Debido a esto, resultaba uno de los pocos hombres con quienes se puede tratar entre nosotros de tan difíciles asuntos. Era excelente conferencista, y varias veces expuso en forma amena y brillante cuestiones afines a sus estudios y trabajos.

Con motivo de haber ingresado al Comité Consultivo de Aranceles de Aduana, como delegado de la Sociedad Nacional de Minería, Puente adquirió una gran competencia en las cuestiones arancelarias y aduaneras. También era autoridad en todo lo relativo a patentes de invención y marcas de fábrica. En 1928 se le nombró catedrático de Físico-Química en la Facultad de Ciencias de la Universidad Mayor de San Marcos.

Tales eran las múltiples actividades del eminente profesional, joven aún, en 1930. La revolución que derrocó al Presidente Leguía trajo como era inevitable, radicales cambios en el personal de las altas reparticiones públicas y de las principales instituciones oficiales. Desde el primer momento pudo preverse que el señor Fort, que durante 20 años fuera Director de la Escuela de Ingenieros, se apartaría de tan elevadísimo cargo. En mi cariño por la Escuela en cuyos claustros pasé cinco años de mi juventud, me dí a pensar anhelosamente en quién podría tomar su gobierno en esa hora de inquietudes en que por todas partes se veían síntomas de indisciplina, como ocurre siempre donde quiera que cae un régimen; y sin vacilación ví en Puente al hombre indicado para llenar ese cometido. Todo lo tenía: clara inteligencia, vasta cultura, profunda preparación técnica, moderación y prudencia, el afecto y consideración de los profesores, la simpatía y el respeto de los alumnos. Yo no me forjaba ilusiones al apreciarle y al juzgar sus méritos y capacidades, y sabía muy bien que dentro del rico y armónico conjunto de su persona, la energía de carácter no estaba a la misma altura que sus otras cualidades; lo cual unido a su enorme bondad y su cortesía extremada, daba por resultado que muchas veces fuera incapaz de tomar en cualquier asunto una medida dura o radical que pudiera herir suspicacias o lesionar intereses. Pero si yo no olvidaba esta modalidad del espíritu de Puente, también sabía perfectamente que cuando él tenía un deber que cumplir o cuando creía que su honor o su dignidad estaban comprometidos en algo, actuaba con vigor y decisión.

Por eso me enteré con una verdadera sensación de optimismo y de alivio, de que los estudiantes de ingeniería habían pedido a la Junta de Gobierno, presidida por el entonces Comandante Sánchez Cerro, el nombramiento del profesor de Química como Director de la Escuela. El Gobierno, obrando con gran acierto, acogió favorablemente la petición de los alumnos y entregó la Escuela a quien parecía a todas luces llamado a dirigirla.

Puente tuvo la conciencia clara de la importancia e interés del cargo que se le confiaba, sintió como las sentía siempre las graves responsabilidades que le eran anejas, y quiso hacer de la institución un altísimo centro de enseñanza técnica. El nuevo Director trabajó en la reorganización de la Escuela con un entu-

siasmo, un fervor y una capacidad excepcionales. Desgraciadamente, fracasó en el empeño: un numeroso grupo de alumnos, instigados acaso por malos consejeros, principió a fomentar un estado de indisciplina y a pretender intervenir en forma inaceptable en el gobierno de la Escuela. Se produjo así una situación de crisis que habría exigido de quien hubiera de afrontarla con éxito, una energía y una firmeza que Puente no quiso desplegar: habiendo sido nombrado Director a pedido de los alumnos, creyó poco generoso ejercitar sanciones contra ninguno de ellos. Por otra parte, él había tenido la ilusión de ver a toda la Escuela, profesores y alumnos, en el más elevado de los acuerdos, de modo que el estallido del conflicto le causó una desilusión profunda. Por eso prefirió retirarse, con la conciencia tranquila y convencido de que había cumplido su deber.

Poco después volvió a ser llamado a dirigir nuevamente el Laboratorio de la Compañía Administradora del Guano. En 1932 fué enviado a Chile, en unión del ingeniero don Carlos Alayza y Roel, del ingeniero don Ramón Aspíllaga Anderson, y del abogado doctor don José Ortiz de Zevallos, con el objeto de estudiar la situación industrial del país vecino y preparar las bases del tratado de comercio chileno-peruano. Poco después vino una comisión chilena con análogo fin y Puente fué uno de los ejes principales de las discusiones que se realizaron con los representantes de la agricultura, la industria y el comercio peruanos.

Cuando en 1932 la Universidad Católica del Perú, que es según se sabe como una prolongación o floración del Colegio de la Recoleta, consideró llegado el momento de establecer una Facultad de Ingeniería, el Rector llamó a Puente, antiguo alumno de ese Colegio, ingeniero notable, autoridad de primer orden en cuestiones de enseñanza superior, para que diera los pasos iniciales conducentes a tal fin. Puente aceptó en principio el encargo y se dirigió al ingeniero Jorge Félix Remy y al autor de las presentes líneas: entre los tres emprendimos la tarea de establecer la Facultad de Ingeniería, solicitando el concurso de los demás profesionales que habían de integrar su cuerpo docente, y luego, en unión ya de nuestros nuevos compañeros, gestionando directa o indirectamente los generosos donativos

que hicieron viable la fundación, preparando y acondicionando el local perteneciente a la Santa Sede que nos fué ofrecido, y por fin organizando en sus innumerables detalles todo el difícil y complejo mecanismo que es un instituto de enseñanza técnica superior. Cuando en 1933 comenzó a funcionar la Facultad, Puente dictó en ella, con su excepcional preparación y facultades, el curso de Química. Suya fué la primera lección que se escuchó en las aulas del naciente instituto.

Pero seguramente que la contribución más importante que le debe nuestra Facultad es el admirable Reglamento de Exámenes y Calificaciones de cuya redacción fué encargado y que la Junta de Catedráticos aprobó después de muy madura discusión, introduciendo poquísimas modificaciones en el excelente proyecto que él formulara.

En los primeros meses del presente año, el jefe del Laboratorio de la Compañía Administradora del Guano había sido ascendido a Gerente de la misma. También había sido designado miembro del Consejo Superior de Aduanas. Establecida la Sociedad de Químicos del Perú, fué electo su primer presidente

Este hombre eminente, elemento de primer orden con cuyo concurso contaba el país en tan diversos campos de la actividad nacional como son la enseñanza superior, la distribución de fertilizantes para la agricultura y la administración de la cuantiosa renta que el guano significa para el Estado, la orientación de nuestra política arancelaria y muchos otros de menor trascendencia, murió en la forma más inesperada el 10. de Mayo de 1934, pocos minutos después de que su automóvil se estrellara en choque violentísimo contra el parapeto existente al borde de una carretera.

Puente no solamente era un hombre de vasta, sólida y bien orientada inteligencia, no sólo poseía rica y variada cultura: descollaba también de modo eminente por su honorabilidad cristalina, por su exactitud en el cumplimiento de lo que creía ser su deber, por la noble austeridad de su vida íntima, por su bondad, por su cortesía, por su distinción, por todo aquello que puede hacer a un hombre respetable, estimado y atrayente. Sería inexacto decir que era laborioso: la verdad es que trabajaba con exceso y

en la forma más agobiadora y desconsiderada, impelido por una pasión ardorosa hacia todo aquello que tenía a su cargo. Sabía trabajar, pero no sabía descansar, acaso porque carecía paradójicamente de suficiente imperio sobre sí mismo para dominar esa fiebre de acción que le arrebatava.

En la Dirección de la Escuela de Ingenieros, en la Compañía Administradora del Guano, en la confección de su informe sobre el Tratado Comercial con Chile, en todo aquello que se le confiara, trabajaba en forma verdaderamente frenética, sin darse punto de reposo y sin hacer caso ninguno de las afectuosas admoniciones de sus amigos, que comprendíamos los peligros que encerraba esa dedicación tan desmedida a rudas y graves faenas.

Profesional y maestro de primer orden, padre de familia ejemplar, católico ferviente, amigo abnegado y leal, caballero sin tacha, pundonoroso y digno como un gran señor de la Edad Media: así era José Rafael de la Puente, y así le conocimos, le admiramos y le amamos los que tuvimos la dicha de encontrarle en el camino de la vida.

Cristóbal de Losada y Puga.

1934.